

CONGRESO MUNDIAL DE SALESIANOS COOPERADORES

DISCURSO FINAL DEL RECTOR MAYOR

Sacrofano (Roma), 9 de mayo de 2026

Antes de pronunciar un nombre, me gustaría ofrecer una reflexión. De hecho, son momentos que dejan una profunda huella y, ante todo, me gustaría recordar un aspecto que no podemos permitirnos olvidar.

Esto es un **Órgano de gobierno**. No estamos aquí simplemente para pasar tres días de alegría y cordialidad. No era necesario venir a Roma en 350 personas para esto: todos podían experimentar alegría en casa, junto con otros cooperadores. Estamos aquí, en cambio, para vivir una experiencia de gobierno y animación, y cada uno de vosotros estáis aquí porque tenéis una responsabilidad. No estás aquí porque no tuvieras nada más que hacer; estás aquí porque habéis recibido una llamada. Y esto nunca debe olvidarse, porque cuando no hay un gobierno real, todos acaban "gobernando". Esto se llama "anarquía". Cuando, en cambio, el gobierno está presente, entonces caminamos juntos, sin dejar a nadie atrás, y los que van delante se adaptan al ritmo de la comunidad.

En este contexto, me gustaría recordar al P. Pascual y al P. Ángel, de quienes la Congregación y toda la Familia Salesiana continúan siendo profundos beneficiarios. Aprovecho esta oportunidad para agradecer a nuestros dos Rectores Mayores eméritos, el padre Pascual y el cardenal Ángel. Quisiera que les diéramos un aplauso, porque, tras todos los sucesores del Rector Mayor de Don Bosco, desde Don Rua en adelante, el Rector Mayor es el padre de la Familia Salesiana, garantiza su unidad y comunión. Y, gracias a Dios, nosotros los salesianos y los miembros de la Familia Salesiana nos preocupamos mucho por esto. Don Bosco une a todos los grupos, y este es un regalo precioso que debemos valorar con cuidado, porque es muy fácil perderlo. Y esto depende, una vez más, del gobierno.

Por ello, me gustaría ofrecer esta premisa, porque las cuatro palabras que quiero compartir con vosotros ahora nos ayudan a mirar hacia el futuro con esperanza, serenidad y calma. El Espíritu que trabajó en Don Bosco sigue actuando en nosotros hoy, y debemos ser conscientes de ello. Ese don, ese talento que es el carisma salesiano, nos ha sido dado, y no podemos enterrarlo por miedo o inercia, porque el Señor nos pedirá que rindamos cuentas por ello.

Aquí están las cuatro palabras.

Retomo la primera palabra de la homilía del padre Pascual esta mañana, cuando nos habló de Pablo que quería ir a un lugar, pero el Espíritu le llevó a otro lugar.

La primera palabra es **escuchar**. Escuchar es sinónimo de humildad: no tenemos todas las respuestas, porque a menudo ni siquiera conocemos las preguntas precisas. No son simplemente preguntas "nuevas", sino a veces impensables y sin precedentes. Si no somos humildes, si no nos detenemos a entender las preguntas antes de dar respuestas, corremos el riesgo de volvernos presuntuosos, construyendo la casa sobre arena y no sobre roca. La humildad significa poner a Dios en el centro, y no nuestro ego. Significa reconocer que el llamado viene de Él, no es nuestra iniciativa; que la misión es suya, no nuestro proyecto personal.

Esto, queridos amigos, es fundamental. Lo escuchamos en el Evangelio de estos días: "No me elegisteis a mí, yo os elegí a vosotros".

Si observamos los primeros años de Don Bosco en el Convito Eclesiástico, observamos que Cafasso no le pidió que organizara partidos de fútbol ni reuniones de catecismo. Más bien, le dijo: «Ven conmigo, conoce la ciudad, escucha con los oídos de tu corazón, con los ojos de tu corazón, la ciudad.» En *las Memorias del Oratorio*, Don Bosco nos confía su reflexión ante la grandeza de la miseria humana. Esta realidad le sorprendió, porque ni en Chieri, ni en Castelnuevo, ni en las pequeñas casas de los Becchi había experimentado nunca una situación similar. Y Cafasso le pidió primero que escuchara.

En cierto momento, Don Bosco quiso seguir su propio proyecto: cogió sus maletas y se preparó para marcharse, diciendo en esencia: "Me voy, voy de misión". Cafasso, un hombre sabio, le detiene y le dice: "Deja las maletas ahí. Espera. Tranquilo. Ve un año con el Borel y el Señor te mostrará su camino."

Verás, el tema de escuchar no es, ante todo, una acción, sino una actitud interior de humildad: escucho. La generosidad, por sí sola, no es el criterio definitivo, ni el único.

Queremos responder a los pobres. Ciertamente respondemos, pero primero debemos escucharle: qué, dónde, cómo, cuándo.

La humildad es hija de la intimidad con Dios, no es un ejercicio puramente voluntario. La humildad nace de la intimidad con Dios, con su Palabra, de abrir el corazón a su Espíritu. Es allí donde encontramos las fuentes que nos animan, la fuerza que nos muestra el camino y sostiene nuestras piernas y manos.

Escuchar comienza a nivel personal, escuchándose a uno mismo.

Es la historia de Agustín, que el papa León, un agustino, comunica de mil maneras diferentes. Agustín es quizás el "cerebro más fino" que la humanidad ha generado. Buscó, tenía todas las herramientas – era inteligente, agudo, brillante – y buscó durante mucho tiempo. Sin embargo, en cierto momento, se detiene y, entrando en sí mismo, reconoce: "Estabas dentro de mí y yo te buscaba fuera". Utiliza tres palabras en latín: *intimior*, *intimo*, *meo* (más íntimo que mi íntimo). Tú estabas presente dentro de mí y yo estaba fuera de mí mismo.

Esto es cierto para cada uno de nosotros: encontrar tiempo para escucharnos a nosotros mismos, el Dios que habita en el santuario de nuestra conciencia. Escuchar no es solo un acto de humildad, sino que —permíteme usar el término— es un gesto de verdadera inteligencia, de verdadera sabiduría.

Los sabios, los que son realmente inteligentes, saben cómo estar consigo mismos, no tienen miedo de hacerlo, porque llevan lo Divino dentro de sí.

Las siguientes tres palabras provienen del Papa Francisco, cuando inauguró el viaje sinodal. Estas son tres palabras que he vuelto a escuchar estos días en el informe de Antonio Boccia, que fue muy preciso, en el comentario de la Madre Chiara, en algún trabajo grupal en el que participé y en escuchar a los jóvenes.

La segunda palabra es **comuni6n**. Don Bosco no utilizaba el lenguaje teol6gico que tenemos hoy, pero tenía las mismas intuiciones. La uni6n con las comunidades salesianas, con la presencia, la unidad entre los miembros de la Asociaci6n.

Hoy Don Bosco diría: creemos comuni6n, tejamos redes. Pero la comuni6n verdadera y auténtica es fruto de la intimidad con Dios. La comuni6n no es un proceso organizativo sencillo. Desde la perspectiva evangélica, la comuni6n es la participaci6n en la comuni6n del Padre y el Hijo en el Espíritu. No es una teología abstracta: es la verdad más concreta, en la que el ser humano da espacio a lo divino. El ser humano está llamado a levantarse, a recibir ese amor que Jesús recibe del Padre, a vivirlo en el poder del Espíritu y a entrar en esta dinámica.

Si, a nivel personal, permanecemos honestos ante Dios, esta experiencia se convierte inmediatamente en comuni6n.

Nunca habrá verdadera comuni6n si no es fruto de la intimidad con Dios. La humildad, entonces, coincide con la intimidad con Él.

Cuando vemos la posibilidad de divisiones, fragmentaciones, separaciones, estamos llamados a traer el bálsamo de la unidad, el perd6n y la paz. Fijemos la mirada en la cruz, recordando a Mamá Margarita y a Don Bosco.

Pero atención: si falta intimidad con Dios, la naturaleza humana, con sus debilidades, nos convierte en esclavos. Y empezamos a pensar solo en horizontal: "¡Ah, qué me han hecho! Ah, porque eso...". Si elegimos ese camino, es el caos.

El espíritu de familia no es una emoción pasajera. El espíritu de familia es la humanidad iluminada por la persona de Cristo.

Ni siquiera es un tipo de "Todo pasa, dejemos las cosas así". No. El espíritu de familia es acoger a las personas con sus heridas, porque conozco mis heridas y me siento acogido/a por Jesús. No tengo motivos para rechazar al otro por sus heridas.

La comunión, por tanto, no es una técnica, sino la docilidad ante la acción del Espíritu, lo que me lleva a decir que, cuando razono y quizás estoy enfadado – y quizá incluso tenga razón – esa no puede ser la decisión definitiva. Entonces me pongo delante de Jesús y le pregunto: "Señor, ¿qué me estás pidiendo?" Esta es nuestra fortaleza. Pero esta fuerza debe nutrirse con el aporte de cada uno de nosotros.

Los jóvenes de hoy – esto lo hemos oído – quieren adultos auténticos; quieren ver comunidades de salesianos, salesianos, grupos de salesianos cooperadores/as, personas que se quieran. Es algo poco común en nuestra cultura. Los jóvenes buscan *líderes* que hablen un lenguaje de paz, no de agresión, ni de guerra, ni de arrogancia, ni de prepotencia. Buscan personas cuya fuerza resida en su libertad interior.

Sabemos bien que, en este momento histórico particular, el lenguaje dominante suele ser el del conflicto, el de la guerra como instrumento de relación, el de la arrogancia de quienes se creen fuertes y creen que pueden hacer lo que quieran.

Cuando este lenguaje domina, son los más débiles quienes pagan el precio: los ancianos, los niños, los pobres. Y los jóvenes sufren, porque se sienten privados de poder, incapaces de actuar.

Por eso debemos ser levadura. Nuestras comunidades y grupos deben cultivar el espíritu de familia como el regalo más hermoso y valioso; un regalo que no es medible, pero que se desea, se busca, es bálsamo. ¿Cuántos jóvenes en nuestros obras dicen que su verdadera familia es el Oratorio? No tienen otro punto de referencia.

Comunión. Asegurémonos de que nuestro estilo de gobierno, a través del ejemplo, promueva una escucha serena, libre y seria, que fomente la comunión, con todas las heridas que llevamos, con todas las dificultades, con todas las cruces que estamos llamados a sostener.

La tercera palabra es **misión**. Misión significa ser enviado a escuchar y, juntos – en escucha y comunión – captar el grito de los jóvenes. Reconocer, acoger y discernir el grito de los jóvenes, porque, como en el sueño de Pablo que escuchamos esta mañana, es allí donde el Espíritu nos habla. Sería vergüenza dejar que ese grito pase en vano, sin permitir que nos desafíen. El Señor nos habla en los jóvenes a quienes estamos enviados a servir. El padre Pascual comentó un día: "Los jóvenes son nuestro lugar teológico", el lugar donde resuena la palabra de Dios (*theou logos*).

Cuando miramos los rostros de nuestros jóvenes para contemplar en ellos el rostro de Cristo abandonado, cuando nos ponemos con una actitud de acogida, escucha, acompañamiento, empatía, paciencia, en realidad estamos escuchando al Espíritu. Por tanto, demos acoger este grito.

Los jóvenes no piden cosas extraordinarias. Piden lo más sencillo y, precisamente por esta razón, lo que es más profundo. Piden espacio, no tanto espacio físico, sino espacio en nuestros corazones.

Piden hospitalidad, quieren sentirse esperados y acogidos. Buscan sinceridad, en un mundo saturado de noticias falsas.

Cuando conocemos la historia personal de algunos jóvenes —que quizá en redes sociales, en Facebook, muestran que "todo está bien"— sabemos que esos jóvenes piden paciencia. A veces llegan como un "volcán": ¿por qué? Porque necesitan descargar su ira con alguien que sepa respetarla, porque la ira forma parte de su historia. No deben ser condenados a priori.

La violencia de nuestros jóvenes no debe ser simplemente condenada, sino que debe ser recibida con amor, dentro de relaciones sinceras y significativas.

Misión también significa reconocer nuestras limitaciones. Muchas veces solo tenemos "cinco panes y dos peces", nada más. Y sin embargo, corremos el riesgo de decir: "No, estos son míos". En cambio, Jesús nos repite: "Cinco panes y dos peces son más que suficientes". Porque están en sus manos. Si solo permanecen en nuestras manos, se convierten en veneno, porque alimentan nuestro egoísmo.

El Señor sabe bien de qué estamos hechos. No somos los salvadores del mundo: ya existe uno, y es suficiente. Le seguimos, con nuestros cinco panes y dos peces.

Asegurémonos de que nuestro entusiasmo por servir a los pobres no se convierta en ideología, no en el resultado de una elección puramente política o de un simple proyecto operativo, sino que nazca de una comprensión real de la necesidad, según la lógica del Evangelio. Si nuestro entusiasmo no es

canalizado por el Espíritu, corre el riesgo de no interceptar el verdadero grito de los pobres.

Hace casi cuarenta años, en 1988, Juan Pablo II publicó *Christifideles Laici*, que inspiró entonces nuestro GC24 (1996): *Salesianos y Laicos*. Me gustaría leer una frase que, veinticinco años después, el Papa Francisco retoma en *Evangelii Gaudium*.

San Juan Pablo II escribe: "La comunión es misión. Están profundamente conectadas entre sí. Se complementan entre sí. Están mutuamente involucrados, hasta el punto de que la comunión representa la fuente y, al mismo tiempo, la fuente de la misión. La comunión es misionera, y la misión es para la comunión: circularidad."

Por eso, cuando Don Bosco insiste en el espíritu de familia, no piensa en un entorno de pura protección, sino en un entorno "divino", de perspectiva, en el que el ser humano sea elevado para luego ser enviado.

El Papa Francisco aborda el mismo tema: la intimidad de la Iglesia con Jesús es una "*intimidad itinerante*", y la comunión se configura esencialmente como una "*comunión misionera*". Una intimidad que no es íntima, encerrada sobre sí misma.

Para nosotros, la dimensión espiritual es fundamental. Así entendemos la gran intuición de Don Bosco: él no ofrecía a los cooperadores solo prácticas espirituales, la Eucaristía, la Palabra, los sacramentos, los retiros. Todo esto se vivía en función de los jóvenes, a su favor.

Espiritualidad: una intimidad itinerante. Comunión: no íntima, sino misionera, fiel al modelo del Maestro. "Es vital que hoy la Iglesia salga a proclamar el Evangelio en todos los lugares, en cualquier ocasión, sin demora, sin repulsión ni miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo y no excluye a nadie."

La última palabra es **la participación**. Aquí se necesita mucha atención, porque participar significa "cómo" trasladar todo esto a la práctica. No es una decisión individual sencilla. Es necesario, con calma y escuchando al Espíritu, discernir, buscar, encontrar y habitar espacios reales de colaboración. Si la participación siguiera siendo solo una "elección horizontal", no iríamos muy lejos, porque seguiría siendo un proyecto puramente humano.

Ante las dificultades, a menudo reaccionamos con criterios puramente humanos. En cambio, estamos llamados a poner todo bajo la luz del Espíritu: ¿qué nos dice la Palabra? ¿A dónde nos guía el Espíritu? ¿A dónde queremos ir o "en Macedonia"?

Por tanto, participar es evitar "espacios para la conquista", evitar erigir "altares alternativos".

El discernimiento y la participación significan fomentar espacios de convergencia y colaboración: tanto dentro de la Asociación como en el vientre más amplio de la Familia Salesiana.

¿Será fácil? Pero, ¿quién dijo que elegimos la parte fácil?

Por tanto, miremos el camino de la participación bajo la guía del Espíritu como respuesta a su llamado y su indicación. El propio camino ya forma parte del objetivo, porque en el camino aprendemos a reconocer mejor nuestros límites y nuestro potencial, el deseo de hacer crecer a otros reconociendo que nosotros también debemos crecer. El Papa Francisco dice que aquí reside el "punto crítico".

La palabra participación, en un hermoso discurso del Papa Francisco el 9 de octubre de 2021 —ese fin de semana en que se abrió el proceso sinodal, acompañada al día siguiente de una homilía que forma un todo con él— se describe de la siguiente manera: "La comunión y la misión corren el riesgo de quedarse en términos algo abstractos, si no se cultiva una praxis eclesial que exprese la concreción de la sinodalidad. En cada paso del camino y de la acción, es necesario promover la implicación real de cada uno. Me gustaría decir que celebrar un sínodo siempre es bello, importante, pero es verdaderamente fructífero si se convierte en una expresión viva de ser Iglesia, de acción concreta, de verdadera participación; Y esto no es por estilo, sino por fe. La participación es un requisito de la fe bautismal."

Queridos amigos, quería compartir con vosotros esta reflexión —quizá un poco larga— para que lo que estamos experimentando en estos días pueda consolidar y fortalecer nuestro camino.